

Jeffrey C. Alexander. 2000. *La réduction. Critique de Bourdieu*. París: Humanités Les Editions du Cerf, 141 pp.

Miguel Ángel Vite Pérez
Universidad de Alicante, España

ESTE BREVE TRABAJO del sociólogo estadounidense Jeffrey C. Alexander tiene como finalidad examinar algunos supuestos del pensamiento del desaparecido soció-

logo francés Pierre Bourdieu. Por tanto, se trata de un trabajo crítico donde se demuestran, al menos, las limitaciones de la propuesta de Bourdieu dentro del quehacer de la sociología,

buscando, según mi punto de vista, superar problemas comunes en las ciencias sociales, a saber, el reduccionismo y el determinismo. En este sentido, en el capítulo 1 (“La crítica fallida de la teoría culturalista”), Alexander señala que el estructuralismo simbólico, en su forma objetivada, está vacío de la acción, al considerársele, en este caso por parte de Bourdieu, como derivada de los mecanismos de la acción programada: las relaciones sociales son relaciones de comunicación y, en consecuencia, las interacciones son intercambios simbólicos (p. 27). De esta manera, Bourdieu termina por asociar, según Alexander, el objetivismo y el idealismo, lo que en los años sesenta del siglo xx le solía criticar a la propuesta teórica del estructural funcionalismo. Sin embargo, Alexander apunta que los actores están en una adaptación continua, lo que no necesariamente tiene que ver con la comunicación, sino con su cambiante ambiente exterior, pero “los actores bourdieuianos son motivados por una estructura de disposiciones que traducen simplemente las estructuras materiales en el dominio subjetivo” (p. 38).

Por otro lado, en el capítulo 2 (“La subjetivación de fuerzas objetivas: el *habitus*”), Alexander elabora una crítica a uno de los conceptos pivotes de Bourdieu: el *habitus*. Sobre todo cuando, al considerarlo como las disposiciones producidas por los procesos económicos y sociales e irreductibles a sus límites, acepta la intervención de la socialización entre el ambiente económico y la acción social; entonces, el *habitus* se transforma en una

estructura de motivación inconsciente, lo que lo convierte en valores e ideas relativamente autónomas. Así, Bourdieu acaba, según Alexander, considerando que los valores poseen una relativa independencia de las estructuras sociales, por lo que las ideas son eminentemente universales (p. 41). Con ello “exhibe la misma incapacidad para conceptualizar una distancia, un espacio crítico, entre las estructuras mentales y las condiciones sociales donde ellas emergen” sobre todo cuando afirma “las condiciones de existencia diferentes producen *habitus* diferentes”. De esta manera, “el pensamiento no es más que el reflejo inverso de la vida” (p. 52). Esto obliga a Bourdieu a analizar los actos de solidaridad, de simpatía y hasta el mismo amor más bien como un resultado predeterminado de las estructuras externas.

En el capítulo 3 (“De lo habitual a la estrategia”), Alexander afirma que Bourdieu escondió su posición determinista de las estructuras sobre las prácticas, al “camuflarlas”, para resucitar la acción con la finalidad de combatir el idealismo objetivo. Pero para cumplir con dicha tarea, “la alternativa a sus reglas no reside ni en la improvisación ni en el *habitus*, sino en el cálculo racional —la estrategización— ejercido sobre un plan extraordinariamente amplio” (p. 72). De este modo, toda acción termina por contener un elemento de sorpresa; el voluntarismo es, así mismo, reducido a lo impredecible. Sin embargo, Alexander insiste en la incapacidad de Bourdieu para apreciar los elementos positivos de la obligación abstracta, por ejem-

plo, los comportamientos altruistas; es decir, la reproducción en la acción de normas morales comunes no necesariamente deviene en una competencia disimulada vinculada con un egoísmo calculador: “Las demostraciones del altruismo no son más que ‘las estrategias oficializantes’ de los cálculos en la función puramente ideológica consistente en ‘transmutar los intereses egoístas, privados y particulares [...] en intereses desinteresados, colectivos, públicamente neutrales, legítimos’” (p. 74). En consecuencia, la visión de Bourdieu acaba por ser, de acuerdo con Alexander, un ataque a la concepción misma de la obligación colectiva.

En el capítulo 4 (“La fantasía de la estrategia inconsciente”), Alexander insiste en que Bourdieu le da un peso determinante a la estrategia, como una fuente real de motivación para la acción, más que a las disposiciones afectivas y a los esquemas simbólicos, es decir, la conceptualización de los ambientes internos (psicológicos y culturales) que afectan más a la acción independientemente de sus ambientes externos (el sistema social). Esto lleva a una contradicción: por un lado, se acentúa el papel de la acción no racional y la del *habitus* objetivamente construido; por el otro lado, se asume la importancia de las motivaciones racionales inducidas desde los resultados objetivos (p. 80). Pero para superar esa contradicción, Bourdieu llega a una aparente síntesis teórica: la acción como estrategia inconsciente, pero se trata, en realidad, de una reducción vulgar de la acción a la estrategia. Y, por tanto, el ac-

tor calcula su acción en función de las condiciones materiales y no de las simbólicas (p. 81).

La estrategia inconsciente responde a una acción que no es completamente racional ni se racionaliza en los mismos tiempos. Se presupone, entonces, la adhesión, por parte de los actores, a las normas en función de las consecuencias externas y objetivas a los actos. También implica la posibilidad de combinar una concepción del orden colectivo interiorizado con una concepción racional de la acción (p. 83). Mientras, extiende la reducción instrumental de la acción a todos los dominios de la vida social. Define a la sociedad como una economía de las prácticas, es decir, una economía que conforma la estructura de la práctica racional. Para asumir, como un programa de investigación, el análisis de la economía de las prácticas de todas las arenas de la vida social a través de lo que ha definido como los campos de lucha que, de una manera resumida, se constituyen en los principales objetos de estudio de sus investigaciones (p. 90).

En el capítulo 5 (“Teoría de los campos y homología: la reducción de la autonomía institucional”), Alexander revisa la teoría de los campos de Bourdieu, la cual establece el carácter autónomo y no económico de las diferentes esferas sociales y, al mismo tiempo, la necesidad de acceder a la comprensión de una teoría que tiene una desventaja pluralista y no reduccionista (p. 91). En otras palabras, rescata la pluralidad de los aspectos de la vida social, pero en la teoría de los campos subyace también una concep-

ción fragmentaria de lo social. Además, remarca el interés como una condición de funcionamiento de un campo, tanto como ocurre, según el propio Bourdieu, con los genes, donde tiene lugar una lucha (p. 93). Para Alexander, Bourdieu, al hablar de autonomía y de la pluralidad de campos, está hablando de una sociedad pluralista en el sentido sociológico liberal, y los campos de lucha son inmediatamente tratados como simples epifenómenos de las relaciones de producción y de consumo propias de las sociedades capitalistas. En este sentido, conceptualizar los campos como esferas institucionales independientes, fue parte de una tendencia del fin del periodo marxista de los años sesenta y setenta del siglo xx (p. 94).

Alexander subraya que la atención que presta al campo y a sus actores, por un lado, y por el otro, a su estructura englobante y determinante del sistema capitalista, caracteriza al trabajo de Bourdieu sobre la vida científica e intelectual:

Expone la estructura de dominio académico, de las facultades, del medio de formación y de los sistemas de control burocrático en instancias sobre las cuales sus estructuras no se manifiestan más que a través de las acciones individuales y colectivas. La dinámica del campo es la lucha en y entre las facultades por el poder sobre los recursos y los otros medios de dominación académica (p. 106).

Así, Bourdieu, según Alexander, relaciona directamente la dinámica específica del campo de la vida académica con la lucha de clases de la sociedad

en su conjunto; establece, en consecuencia, una homología entre las luchas internas y las externas. Mientras, en sus trabajos acerca de las bellas artes y la fotografía, los considera como interpretaciones de códigos establecidos. En otras palabras, códigos que transmiten la cultura hegemónica por medio de las escuelas (p. 107). Así, en el campo artístico, los artistas y los críticos luchan entre sí para monopolizar el control estético.

En el capítulo 6 ("Política en la sociedad civil: dominio y fragmentación en una sociedad de campos"), Alexander revisa la concepción que Bourdieu tenía de la sociedad civil, de la esfera pública, una imagen de una sociedad vertical, reducida a la estratificación social, a las luchas impuestas entre lo raro y lo común, así como entre el egoísmo desprendido de la oferta y la demanda: una sociedad sin poder horizontal, sin solidaridad transversal, sin identidades nacionales que posibiliten la inserción (pp. 111-112). Asimismo, influido por la teoría normativa de la política, Bourdieu no permite distinguir un orden autoritario de una organización democrática; por eso, en el periodo de elaboración del trabajo de Bourdieu, los intelectuales progresistas ignoraron los aspectos represivos de la vida soviética; el propio Bourdieu incluso minimizó las diferencias entre la autoridad en el sentido de que apela a los regímenes formalmente democráticos para no distinguir entre el aparato del partido comunista y las élites representativas de los países democráticos, como los funcionarios o los líderes de los movimientos sociales (p. 113).

Alexander concluye que la propuesta teórica de Pierre Bourdieu está marcada por los años sesenta del siglo xx, por una filosofía y una ciencia social de una nueva generación que quería revivir y transformar la teoría social marxista, todo dentro de la

forma democrática burguesa. Y esta situación no se puede explicar por las fuerzas económicas, sino como una estrategia de distinción dentro del mundo intelectual de los países anglosajones (p. 122).